

ANT
XIX
19

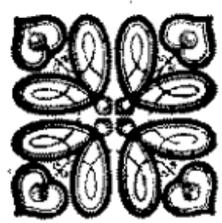
R. 43. 542.

EL CAPITAN ESPARTAGO.

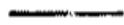


POR

PAUL FEVAL.



SAN FERNANDO.



Imprenta y Librería Española, Real, núm. 47,

I.

El 15 de Agosto de 1793, hácia las dos de la tarde, el capitán Espartaco Publicole Tricotel caminaba à través de la landa de los Baños con direccion á Gacilly, á donde conducia un destacamento de milicia republicana. Habian salido de Loheac muy de mañana, pero hostigados sin cesar por los *chouanes*, que, ya, en grupos, ya aislados, los acometian, habian adelantado poco en su camino. Los defensores de la pátria continuaban ahora su marcha bajo los rayos de un ardiente sol, sofocados por el cansancio, el calor y la sed,

caminaban al descuido y sin guardar filas, la cabeza baja y el fusil al hombro; Espartaco iba el primero: republicano rígido, pero sensible al calor, habia creído conveniente quitarse primero su gola, desabrochar despues algunos botones de su frac, y por último la hebilla de su cinturón; libre ya su vientre de toda sujecion se holgaba delante de él. En el momento en que le presentamos al lector, Espartaco moderaba las oscilaciones de aquella parte de su individuo, y por cierto desarrollada en demasia, con el auxilio de su inmensa corbata blanca. Este ingenioso espediente tenia la doble ventaja de dejar espuesta al aire una masa carnosa, inflada y roja, que colocada entre dos hombros sumamente anchos, sostenia la cara apoplética del capitán.

Detrás del él iba Collot, teniente. La pequeña fuerza acantonada en Gacilly, la muerte de su capitán anterior, y el número siempre creciente de chouanes habian obligado á Collot à pedir refuerzo á Perronssel, jefe de brigada, cuya fuerza estaba dividida entre Loheac y Redon, observando el curso de la Vilaine. El jefe parecia haber sido colocado al lado de

Collot, para que este hiciera resaltar mas la ridícula facha de aquel; soldado desde su infancia, no habia dejado el airoso uniforme de guardia francés, mas que para vestir el frac medio paisano, y el pantalon de algodón rayado del soldado de la convencion; estiraba las corvas, enderezaba su cuerpo y marcaba el paso metódicamente. Su corbata cuadrada, su frac abrochado de arriba á abajo, y sobre todo el rigor metronómico de su precipitado paso, parecian una condenacion tácita de la pacífica desenvoltura del nuevo capitán.

Detrás de ellos iba el destacamento, compuesto de cincuenta ó sesenta hombres, soportando bien ó mal, la fatiga y el calor. Las tres cuartas partes, que eran reclutas, se aprovechaban del ejemplo de Espartaco, para colocarse cómodamente, interin los diez ó doce veteranos llevados por el teniente, copiaban al pié de la letra el aire afectado de este y su marcha regular.

—Ciudadano Collot, dijo el capitán desplegando un desmesurado pañuelo de algodón para enjugar sus sienes bañadas de sudor, hace un calor sofocante... un calor subersivo

El capitán Espartaco.

y desorganizador, como diría mi primo Sain-Just. Lejos de mí el murmurar de la republica; pero hé aquí un país bien triste! Landas, siempre landas. A menos que no sean bosques; cruel alternativa; en las landas se abrasa uno; en los bosques... ¡Oh! en los bosques, estoy tentado de creer que los fusiles nacen en medio de la tierra, como nos contaban allá en París; tantas son las balas que he visto salir de los matorrales! Siempre que esos endiablados no nos esperen en el bosque! Creo que no hay ningún mal en hablar así; daría cualquier cosa por haber llegado; tengo necesidad de cambiar de calzado... ciudadano, reflexionais?

Esta pregunta fué hecha con voz tímida. Las espesas cejas de Collot se fruncian mas y mas á medida que Espartaco avanzaba en su conversacion; este último temió haber dejado escapar alguna espresion contra-revolucionaria.

Aquí Espartaco inturumpió á Collot con un suspiro sofocado. El pobre hombre habia hablado por casualidad de aquel modo de

combatir de los chuanes, y no esperaba tan viva refutación.

—Ciudadano, dijo con un prolongado suspiro, los chuanes serán todo lo apreciable que queráis, pero... me siento mal.

Collot enteramente dedicado á su peroración, no oyó mas que las primeras palabras. Sorprendido él mismo de su elocuencia, y complaciéndose en su arenga, no hizo caso del malestar de su jefe, y continuó:

—¿Quién os habla de apreciar á bribones de esa calaña? Lo que os digo no es para hacer os juzgar mejor de esa cauala, á la que no podemos negar un valor á toda prueba. Bien lo sabe el ciudadano Perrussel; sin embargo, esta vez solo me ha dado cincuenta hombres; cuando sabe que necesito mas de quinientos. No es á mí á quien toca reprenderle; pero sentiria perder la vida, si tuviera que dejarla en manos de esos miserable que Dios confunda!... Capitan, veo algo que se mueve á la entrada del bosque; ¿hago redoblar el paso?

El capitan solo contestó con un suspiro

angustioso; el pobre hombre estaba en un estado deplorable.

—Hacedme el obsequio de suplicar á los ciudadanos soldados que hagan alto; dijo. Yo no puedo mas. Otro paso y la república pierde al mas tierno de sus hijos.

A aquella estraña forma de mando, el teniente miró á su jefe con una sorpresa mezclada de compasion; el bueno de Espartaco no reparó en aquella mirada. A pesar de que un alto en pleno sol era un muy triste desahogo, los soldados lo acogieron con evidente satisfaccion; los veteranos se apoyaron en los cañones de sus fusiles; los reclutas, se tendieron cómodamente en la landa. Al ver aquella escena el teniente, que permanecia inmóvil y frio, iba á levantar la voz para reprender á los reclutas, cuando divisó á Tricotel arrojado cuan largo era sobre la arena, y soplando ruidosamente. Collot no se atrevió á continuar; un levantamiento de hombros imprecipitable, una mirada involuntaria cambiada con los veteranos que seguian su ejemplo, fueron las únicas muestras de su descontento.

— ¡Oh!... ¡oh!... murmuraba el gruso Es-

partaco. Ciudadano, qué paso tan espantoso! Creo que podré dejar descansar á los soldados... Defensores de la pátria, descansad; la república os lo permite por mi voz.

En esto empezó á respirar estrepitosamente; tapando su frente y sus mejillas con su pañuelo de algodón; despues colocó su nariz á la sombra de dos pequeñas matas y se durmió profundamente. El teniente esperó con bastante paciencia; reflexionaba y se preguntaba en qué oficio podia haber ganado su grado aquel estraño capitan; pero al cabo de una media hora larga su longanimidad comenzó á debilitarse. Se puso á pasear silvando la *Marsellesa* y se arregló tres veces la gola, murmurando. Por fin, no pudiendo aguantar ya mas, se adelantó hácia Espartaco y le gritó al oido:

— Ciudadano capitan.

Este contestó con un ronquido vigorosamente modulado.

— Es así como vais á perseguir á los chuanes? murmuró Collot. Ciudadano Tricotel!

— Qué?... Viva la república una y..... Decídselo á mi mujer.

El capitan Espartaco.

—Su mujer!... Ese hombre es un zote!...
Capitan! capitan!

—Qué? qué? dijo Espartaco que por fin empezaba á despertarse, ¿qué hay para gritar así, teniente? Acaso creis que estoy dormido; pues hombre! no señor, no hago mas que descansar un poquito. Creo que esto en nada perjudica à la República.

El teniente replicó sériamente:

—Nosotros vamos à Gacilly cuya guarnicion está en peligro. Y mientras dormimos..

—En realidad yo no hago mas que dormir, respondió Espartaco con una amable sonrisa. No temamos mas de eso, ya he acabado... ¡Soldados! levantaos! en marcha!... Por mi parte, teniente, os suplico que creais que me tarda el sacrificarme por la pátria. Para algo he tomado los dos nombres que llevo. Espartaco, para que lo sepais, era un diputado virtuoso muy conocido en Roma; Publicola fué un esclavo de la antigüedad que quiso romper sus cadenas. Estos son mis patrones, continuò exaltándose; yo quiero como ellos destruir la aristocracia; yo quiero colmar esa sentina

que exhala en medio del país sus miasmas pestilenciales y contra-revolucionarios; quiero. Si, ciudadanos! Quiero regar con mi sangre el altar de la patria, teñir con ella el estandarte de la libertad; quiero... Sí, ciudadanos!

—Diablos! parece que es duro á pesar de todo, dijo el teniente aturdido por aquel magnífico arranque de patriotismo. Veremos

II.

Frente á frente de la pequeña fuerza republicana, y por encima de gigantescos olmos, se levantaban los puntiagudos techos del castillo de Sour-deac, antigua residencia de los primogénitos del castillo de Rieux. Las graciosas formas de la antigua mansion, han hecho lugar á un edificio cuadrado, pintado de amarillo, y al que dos hondas ventanas, conservadas, no sabemos por qué, en el piso bajo, dan el aspecto mas ridículo. Se dice que un maligno arquitecto, precisado á seguir las instrucciones del moderno

propietario, las conservó como un epigrama vivo y picante. En 1753 la arrogante divisa; *!A cualquier hora, Rieux!* no se leía ya encima del portal; Sourdeac estaba huérfano y abandonado ya; pero se sostenía aun en torno de la vetusta torre de homenaje, como un recuerdo de aquella raza caballeresca y gloriosa entre las razas bretonas. Hoy todo ha desaparecido, como desaparece todo en el mundo: la Bretaña, aquella tierra cuya historia desde los Druidas hasta nosotros, se lee á la faz del cielo en sus monumentos y en sus ruinas, Bretaña se renueva; se reviste con los oropeles de Paris; escarba la tierra avergonzada de aquel polvo de las viejas edades, que era su mas bello ornamento. Pronto, limpia ya y desembarazada de sus sucios escombros, renegará de su pasado; Rieux, Rohan, Clisson, Goulaine, nombres decrepitos y desapacibles, desaparecerán bajo un velo. Entonces la Bretaña será una provincia regular, ilustre quizás, porque su manteca y sus ostras son prendas de celebridad mas que suficientes.

Delante del castillo y un poco á la izquierda, se extiende sobre una colina de Selva.
El capitán Espartaco.

Nueva, cuyos últimos árboles descienden hasta el llano en forma de aguda punta; allí se encuentra bordeada por un riachuelo afluente del Oust, que vuelve la punta y marca tan bien el ángulo como si estuviera trazado por la mano del hombre. El espacio comprendido entre la corriente y el bosque, forma uno de aquellos encantadores reductos tan comunes en el Morbihan. La vecindad del agua cambia la landa en un prado de yerba blanda y menuda; el bosque os presta su sombra y su frescura; al frente vuestro, á una legua de distancia, la costa de Baños, cuyos lindos bosquecillos se coronan de aristas peñascosas, rompe de pronto su rampa, y os muestra en último término la campiña de Redon, matizada de anchas fajas lilas, verdes, doradas ó de un amarillo oscuro, segun que produzca alforfon, trébol, trigo ó la triste aliaga; á la derecha los pantanos de Gonac, lago inmenso en invierno, y pradera esmaltada de flores en verano; á la izquierda la otra mitad de la colina de Baños, árido arenal, sin una planta, dominada únicamente por dos piedras drúidica de una altura inmensa.

Por este lado venian los republicanos. En el momento en que alejados apenas una media hora, volvian á ponerse en marcha á la voz de su elocuente capitan, tres personas estaban sentadas á la orilla del arroyo, tan tranquilas al parecer, como si el pais gozase de la mas profunda paz. Dos de ellos llevaban sobre sus pantalones, blusas de lienzo crudo, sujetas á la cintura por una faja de colores; todo su tocado consistia en anchos sombreros de paja adornados por delante con una escarapela blanca. Los dos eran altos, bien formados, pudiendo pasar á pesar de sus groseros atavios, por dos arrogantes mozos.

El mas jòven tenia á lo mas veinte años; su frente blanca se destacaba entre los esposos bucles de sus largos cabellos negros; cuando se dirigía á su compañero que tenia mas edad se leia en su mirada una espresion de familiaridad atenuada por un afectuoso respeto. El otro representaba unos treinta años, y su estatura un poco mas elevada que la de su compañero, y sus miembros bien proporcionados, y lo vigoroso y limpio de sus formas que se traslucian al traves de la grosera tela

de su vestido, demostraban una fuerza y agilidad poco comunes. Su mirada era penetrante; se leía en ella una firmeza tranquila, indomable. Su frente grande, el aire altivo y meditabundo á la vez de su fisonomía, denotaban bastante el vigor físico, la inteligencia y el valor que se encontraban reunidos en él.

El tercer personaje, del que nada hemos dicho aun, era un niño. Una bonita cara de muger con ojos de azul oscuro, dulces y tiernos como los de una jóven; su cútis era blanco y delicado; sus mejillas un poco pálidas, quizás, estaban adornadas por dos hermosos grupos de cabellos de un rubio brillante que le daban un aspecto graciosísimo. Su traje en nada se parecía al de sus compañeros; tenia algo de raro y casi teatral. Una gorra de terciopelo verde, flodelisada de plata cubria solo la mitad de su cabeza; una especie de jubon, tambien de terciopelo verde con mil botones de plata, sujetaba su cabello y desenvuelto talle; un ancho pantalon de cuti blanco descendia hasta sus pies de un tamaño diminuto, y se sujetaban á ellos por unas correas

muy parecidas á nuestras trabillas. Una faja de raso blanco con franjas de plata puesta por encima de su jubon sujetaba su cintura, y dejaba ver las labradas culatas de un par de pistolas, y el rico puño de un puñal damasquino. Al ver al niño con semejante traje, se le hubiera tomado por uno de aquellos pajecillos que en la edad media llevaban el devocionario de las nobles castellanas. Su edad parecia ser de diez y seis años. Mientras sus dos compañeros hablaban con extraordinaria vivacidad, este estaba medio echado y como sumido en una profunda meditacion.

Cada uno de nuestros tres personajes tenia á su lado una escopeta de dos cañones: detrás de ellos, y atados á los últimos árboles de la selva, se veian ensillados tres briosos caballos que descansaban siguiendo el ejemplo de sus dueños, y roian apaciblemente los retoños de los olmos.

—A fé mia, primo, has dicho bien, dijo el mas jóven de los interlocutores; quiero enviar algunas balas á aquellos villanos que llegan por allá bajo.

—Eres un niño, Eduardo, dijo el otro con
El capitan Espartaco. 5

alguna impaciencia. Tres hombres? y conven-
drás que soy generoso hablando así, añadió
en voz baja y mirando al niño; tres hom-
bres contra mas de cincuenta! y solo por sa-
tisfacer un capricho! Vamos, vamos, no ha-
blemos mas de eso.

—Oh! sí; aunque tuviera que ir solo, iria.

—Eduardo, soy tu jefe, y como tal te digo:
«No quiero.»

El de mas edad de los interlocutores, que
de aquí en adelante llamaremos con el nombre
de guerra por el que era conocido y temido
de los azules, el «Marqués», hablaba así con
tono severo; despues, dirigiéndose al niño,
añadió con estremada dulzura:

—Ana, riñe á tu hermano, se empeña
en ir á atacar el destacamento que atraviesa
la landa.

El jóven, ó mas bien la joven, se levantó
vivamente al oír aquellas palabras.

—Un destacamento! los azules! exclamó;
y sus ojos tan dulces poco antes, tomaron
una espresion casi feroz, A caballo y adelante!
gritó. Eduardo tiene razon, primo. Adelante!
adelante! Quien me ame que me siga!

La voluntaria niña estaba ya en la silla al decir estas palabras, y hacia caracolar su caballo con la misma desenvoltura que el mas cumplido caballero. El Marqués la miraba tristemente.

—Seria una locura inescusable, niña, dijo, y yo no la consentiré.

La jóven le interrumpió:

—Como gustes primo, dijo con el tono porfiado de un niño mimado. Hasta la vista, pues. Ven, Eduardo.

Eduardo se dirigió hácia su caballo; el Marqués se levantó apresuradamente,

—Quedáos; os lo mando, dijo. Como brigadier al servicio de S. M. el rey de Francia y de Navarra, os intimo á vos, conde de Vimar, capitan de dicho príncipe, y á vos, caballero de Vimar, voluntario de la compañía de vuestro hermano, los dos, por consiguiente, bajo mis inmediatas órdenes, os intimo, digo, á seguirme al momento, so pena de rebelion.

Eduardo se detuvo, pero Ana respondió á aquella grave intimacion con una estrepitosa carcajada; y haciendo dar á su caballo un atre-

vido salto que la puso al lado del marqués, dijo:

—Señor Marqués, no sois galante. He dicho: «quien me ame que me siga....», ¿No lo habeis oido?... Nada ganareis; os desobedeceré; estoy decidida, irrevocablemente decidida! añadió con énfasis burlon.

Despues, tomando un tono mas sério y decidido:

—Enrique, dijo, si estuviéramos en el campamento te obedeceria. ¡Libreme Dios de dar el ejemplo de la insubordinacion! pero aqui mi desobediencia no tiene consecuencias. Vamos, vamos, querido primo, dijo con voz mas cariñosa, sè un poco mas amable... te lo suplico! un pequeño galope, dos ó tres tiros, y negocio concluido.. Despues, señor brigadier de los ejércitos de S. M. el rey, no tendreis soldado mas sumiso y obediente que vuestra muy humilde y segura servidora.

Y sin esperar respuesta, la atrevida amazona clavò espuelas á su caballo, y flanqueando el arroyo de un salto, se alejó rápida como el viento.

—¿Supongo que no abandonaremos á mi hermana? dijo Eduardo.

El marqués no creyó conveniente rechazar la amargura y altanería que encerraban estas palabras.

—¡Incorregible niña! murmuró midiendo con la vista la distancia que los separaba de la jóven.

Al mismo tiempo Eduardo y él partieron á escape.

Espartaco y su destacamento los miraban avanzar llenos de asombro.

—¿Qué es eso, ciudadano Collot? preguntó el primero.

—El teniente cogió tranquilamente una pistola.

—Nada, ciudadano, dijo: tres mariposas que vienen á abrasarse á la luz.

—¡Cómo vienen! exclamó Espartaco; ¡es un torbellino! ¡una tempestad!... ruego á los ciudadanos soldados que hagan fuego.

Collot apartó los ojos de los ginetes para dirigir á su jefe una mirada estupefacta; desde la mañana caminaba de sorpresa en sorpresa; esta vez creyó que se burlaban de él.

Sin embargo, conociendo por la cara del capitán que este estaba verdaderamente perplejo, dijo:

—Eso usted lo ha dedecir. Yo lo dejaria avanzar un poco aun; los reclutas son malos tiradores, y...

Antes que hubiera terminado su frase, el mas próximo de los tres ginetes, el del traje de terciopelo, cuyos largos cabellos rubios caian flotando en graciosos rizos sobre sus hombros, apuntó sin detener su caballo é hizo fuego. El sombrero del teniente, atravesado por la bala, cayó rodando por la landa.

—¡Diablos! dijo corriendo detrás de él, no se les puede dejar acercar mas.

Probablemente era la primera vez que Espartaco se encontraba en una fiesta semejante; por lo menos su actitud en presencia del peligro, no fuè la de un veterano. Desde por la mañana el teniente Collot se habia encargado de mandar el fuego. Cuando el capitán se encontró solo en presencia de su grado, se quedó indeciso. Los enemigos estaban al alcance de un tiro de pistola, y era necesario resolver. Fuese efecto del cansancio ó

de otra cualquier cosa, la voz del capitán tembló visiblemente al dirigir á sus soldados la estraña alocucion siguiente:

—Ciudadanos soldados! creo que es tiempo de tirar.

--Atencion!... preparen!... fuego!... gritaba al mismo tiempo Collot, que habia reconquistado ya su sombrero.

—Eso es lo que yo queria decir, dijo el capitán, que se habia tranquilizado con la presencia de su brazo derecho.

Pero su voz se perdió entre el ruido de la fusileria. Desde aquel momento los soldados se formaron una idea muy mediana de su valor.

A la voz de ¡fuego!... los enemigos se alejaron rápidamente, haciendo caracolear sus caballos á derecha é izquierda. Una vez hecha la descarga, los azules los vieron volver como un rayo, y antes que hubiesen podido cargar sus armas, los ginetes estaban á medio tiro de fusil. Tres tiros se oyeron á la vez, y cayeron tres soldados. Entonces los republicanos oyeron una voz fresca y dulce que decía:

—Salud y fraternidad, ciudadanos! ya lo

veis, de cada dos uno; nos quedan aun tres tiros; pero si prodigáramos así vuestras preciosas vidas, pronto habríamos acabado... Defensores de la patria, hasta que tengamos el placer de volver á veros.

—Tunante! espérame, ahulló Collot, echando espuma de coraje.

La jóven lo oyó, y por un loco alarde, en vez de alejarse con sus compañeros, dió algunos pasos adelante. Abria ya la boca para lanzar un nuevo sarcasmos, cuando el teniente la apuntó con su pistola y tiró. El caballo de la jóven dió un brinco, y uno y otra dieron en tierra. Al oír el tiro los dos fugitivos volvieron grupas.

—Ana! hermana mia! exclamó Eduardo.

—Eso es lo que yo temia! dijo el Marqués con amargura. Un esfuerzo, pero prudencia sobre todo. Piensa que si nos cojen está perdida toda esperanza de su libertad.

El galope de sus caballos los condujo en algunos segundos cerca de la jóven; pero los soldados, que estaban mucho mas próximos, llegaron casi al mismo tiempo; sin embargo, los dos tiros de los realistas tendieron á dos soldados:

el Marqués cogia ya á su linda prima, cuando la segunda bala de Collet rozó el cuello de su caballo; el animal se encabritó y partió hecho una exalacion. Eduardo quedó solo, rodeado por todas partes y á punto de ser hecho prisionero, cuando saltó por encima de los soldados de la Convencion y se unió á su primo con el corazon lleno de rabia.

Durante algun tiempo hostigaron aun al destacamento: mas de un azul cayó aun en la orilla del bosque. Llegados allí, el teniente ofreció fusilar al preso al primer tiro de sus amigos. Al oír esto los chuanes, desaparecieron en la selva. El destacamento, disminuido de ocho hombres, llegó sin otra novedad á Gacilly.

III.

A una legua al Noroeste de Gacilly, y en medio de lo mas espeso de la Selva Nueva, hay un vasto claro atravesado por un profundo barranco. Los bordes de ese barranco altos, cortados á pico, y desplomados por algunos sitios, tienen en su cima una espesa cabellera de malezas que se entrelazan de tal modo que la vista no pueden atravesarlas y tiene que detenerse sobre aquella muralla de verdura que oculta un precipicio de mes de treinta piés. Aquel sitio se llama el *Salto de la cabra*. En apoyo de este fantástico nombre

se refiere la siguiente tradicion: Un caballero armado de todas armas y montado en un soberbio corcel de batalla, engañado por el demonio, al que seguia en forma de cabra, llegó al borde del precipicio donde cayó con grande gozo del *maldito*, que se desternillaba de risa y le hacia cuernos desde la otra orilla. Todavía se enseña el sitio donde Satanás puso la pata al dar el salto. Aquella pata dejó una señal en la peña; la huella de los dedos quedó marcada en ella cual si los fuera por mano maestra.

No lejos de aquel sitio y casi en medio del claro del bosque, se levanta una enorme piedra cuadrangular, sostenida por cuatro apoyos gigantescos; la gente del país, sin duda por un recuerdo tradicional de su antiguo uso, llama á aquella piedra la *Mesa de los paganos*. En efecto, aquella mesa es un monumento celta, que probablemente habrá servido de altar á las ceremonias druidicas. Los paisanos del Morbihan están convencidos de *que él vuelve* á aquella piedra: es decir, que las almas de los muertos aman aquel sitio, y que se citan en él para sus nocturnos conciliábulos. Así es, que numce

hablan de aquel lugar sin hacer antes la señal de la cruz. Por nada del mundo iria á aquel sitio despues de cerrada la noche un hombre solo.

En el fondo del barranco y perpendicularmente debajo de la mesa, hay una escavacion muy estensa; ¿es aquella escavacion un antiguo lecho del torrente abandonado despues por este para seguir su curso actual; ó es quizás el complemento de la piedra celta, el templo misterioso donde los druidas consumaban sus sangriento sacrificios? La última hipótesis es la mas fundada. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que aquel sitio es el mas apropiado para las reuniones clandestinas de una secta perseguida: su entrada es baja y disimulada por tal profusion de troncos colocados como al acaso, que, aun cuando cualquiera consiguiera llegar al fondo del abismo, pasaria una y mil veces por allí sin siquiera sospechar que tal caverna hubiera. Por otra parte, el agua que llenaba el torrente una buena parte del año, era suficiente para quitar la idea de que pudiera haber allí una habitacion humana.

Sin embargo, si el 15 de agosto de 1793, una hora despues de los acontecimientos que

acabamos de narrar, la traicion ò la casualidad hubiera permitido á alguno dirigir una mirada á través de las malezas y troncos de la entrada, hubiera presenciado un espectáculo tan extraño como animado.

La caverna era de forma oblonga; siguiendo lo largo de sus húmedas paderes, se estendia una cama de paja, ancha, de la estatura de un hombre y dividida por intervalos iguales. A uno de los extremos de aquel inmenso divan, se levantaban cinco ó seis tiendas ó casas formadas de un lienzo grosero; en el otro habia un pesebre para una docena de caballos. Encima de cada una de las divisiones colgadas en soportes de maderas clavados entre las rocas, se veia ora un fusil de caza lujosamente adornado, ora una larga y delgada escopeta, ora un trabuco de cobre de ancha boca, ora, en fin, un fusil de municion. El resto del mobiliario consistia en algunas sillas cojas, y en pucheros, cazuelas, etc. Habia tambien gruesas mesas de encina apenas devastadas, como las que suele haber en las granjas. A cada lado de la puerta habia un centinela, con blusa de tela, el pantalon

flotante sobre sus anchos zuecos y el fusil al hombro.

La vista del curioso hubiera pasado sobre todos estos objetos materiales; la escena que hemos dicho que debía cautivar sus miradas, pasaba en el fondo de la gruta.

Allí, en efecto no había ni armas, ni nada que pudiera recordar la vida aventurera y sangrienta del soldado; allí no había mas que una piedra cubierta con una tela; sobre la tela un crucifijo; alrededor la desnudada tierra; sobre esta ciento cincuenta paisanos y algunas mujeres, arrodillados y en un piadoso recogimiento. El antiguo cura de Gacilly, anciano de venerable frente, está en pie delante de la piedra, altar rústico que le servia todas las mañanas para celebrar el santo sacrificio de la misa, y salmodiaba lentamente un versículo de los himnos sagrados. Cada uno de los de la asamblea, animado de una fé igualmente viva y sincera, suavizaba su ruda voz para contestar con el versículo siguiente, era el dia de la Asuncion, y se cantaban vísperas en el *Hoyo de los paganos*.

¡Dios nos libre de hacer pintoresco lo que

es sublime; Por otra parte, ¿como tratar de dar los detalles de aquella escena, sin perjudicar su magnífica y sencilla poesía? Aquel viejo sacerdote recitando las alabanzas del Altísimo, cuando pesan sobre los últimos días de su vida todas las desgracias y privaciones; aquellos hombres puros y valiente cuya existencia se reasume en dos palabras; rogar y combatir; que solo dejaban sus resarios, bendecidos sobre el altar de Santa Ana de Auray, para coger sus armas suspendidas sobre sus camas, y confesar, vencidos ó muriendo, estos dos principios tan admirables, tan libres de todo interés humano, amor al trono caído, y la fè al Cristo despreciado; aquellas mujeres de antigua virtud, siguiendo á sus esposos y á sus hermanos hasta la muerte: todo aquello, sacerdotes, paisanos, nobles y mujeres, tiene un nombre comun en la historia, el nombre de *chuanes*. Alabar su heroísmo seria trabajo perdido: ni tienen necesidad de nuestras alabanzas, ni les importan los dicterios de algunos. Su recompensa para ellos no está en este mundo. No era por cierto para inspirar epopeyas por lo que ellos daban el ejem-

plo del honor mas caballeresco y la fidelidad mas admirable, á la Francia infiel y deshonrada.

Los chnanes reunidos en el *Hoyo de los paganos*, eran los restos de una numerosa partida compuesta casi toda de vasallos y terrenientes del marqués. Este, apasionado admirador de M. de la Ronarie, comprendió en seguida la magnitud de las ingeniosas y vastas combinacions del fundador de la Asociacion Bretona. Cuando M. de la Ronarie desarrolló sus planes de organizacion militar en la asamblea de los nobles, el marqués, juzgando á los demas por él, tomó por lo sério las aclamaciones que por todas partes se elevaron. Muy pocos ejecutaron los planes muchos obraron en sentido diametralmente epuesto; pero entonces él no sospechó el resultado. De vuelta á sus tierras, sin levantar su gente, se puso en estado de sublevarse á la primera señal.

Este plan tan hábilmente combinado de la Ronarie abortó como todos saben. Las rivalidades y envidias de los jefes secundarios; la inercia, la debilidad ó el celo mal diri-

gido de algunos, la traicion del agente de los príncipes en Jersey, todo se reunió para hacer abortar el plan. La Ronarie murió de disgusto, pero su trabajo no quedó sin resultado. Cuando los soldados de la Convencion empezaron à cruzar la Bretaña en todas direcciones, encontraron en algunos pueblos una resistencia tan decidida como inesperada; entonces se pudo ver el efecto que hubiera producido una resistencia general organizada bajo un mismo pié. Si los pueblos que siguieron las instrucciones de la Ronarie, aunque aislados y poco considerables, causaron pérdidas enormes á la República, ¿cual no hubiera sido el resultado de un levantamiento general, conducido por un jefe inteligente? Cuando el destacamento de azules fué abiertamente á ocupar á Caventoir y Gacilly, sonó la alarma en todas las parroquias del rededor; y en un abrir y cerrar los ojos el marqués se encontro al frente de mil hombres. Combatió mucho tiempo y valerosamente, pero los azules recibian refuerzos incesantes: en la época en que pasa nuestra historia, el marqués solo contaba 150

El capitán Espartaco. 8

hombres á sus ordenes. Esto era muy poco para defenderse, y no era bastante para vencer; pero el marqués alimentaba siempre la esperanza de un levantamiento en masa del Morbihan y del Ille-et-Vilaine: el marqués guardò su puesto para en caso de necesidad favorecer aquel movimiento.

Las vísperas tocaban casi á su fin cuando Eduardo y el marqués volvieron de su desgraciada expedicion. A su entrada en la gruta el ruido de sus pasos apenas hizo levantar alguna que otra cabeza de mujer: despues que se arrodillaron en silencio, la reunion continuó celebrando su fiesta de la Virgen con fervor y recogimiento. Cuando las últimas palabras del último salmo se perdieron en la bóveda, el cura se arrodilló delante del altar y dijo:

— Hermanos míos, no olvidemos á los difuntos de nuestra obligacion. Roguemos por ellos con fervor, á fin de que cuando nos llegue nuestra vez, encontremos tambien fervientes obligaciones. Vamos á rezar por el descanso de las almas de...

Aquí el cura leyó una larga lista de nom-

bres, interrumpida por el suspiro de un padre ó de un hermano, perdido entre el grupo, ó por los apagados jemitos de las mujeres arrodilladas al otro lado de la gruta. Acabada la lista, el pastor entonó el *De profundis*. Los chuanes, acostumbrados cada día á contar con su muerte para el día siguiente, contestaron piadosamente al himno funerario; despues el sacerdote dió su bendicion, y todos se levantaron.

El marqués salió el primero é hizo alinear su gente en el fondo del barranco.

—Cincuenta hombres y un nuevo capitán llegan esta tarde á Gacilly, dijo. El ataque no tendrá lugar esta noche.

Despues recorrió las filas con la vista, y pareció escojer en el grupo.

—Juan Huber! Juan Bulagny! Joson Guer! Miguel Mesrou!

Cuatro chuanes se adelantaron en silencio, y el marqués continuó dirigiendose al resto de la partida.

—Id á descansar, hijos míos, y dormid por dos noches; mañana tendreis que velar.

Cuando todos hubieron entrado en la caverna,

el marqués se encontró solo con los cuatro hombres que había elegido, Eduardo y el cura. Aquel arrojó sobre estos dos últimos una mirada apremiante, muy significativa, pero inútil, atendida la curiosidad, muy natural del buen cura y la preocupación de Eduardo.

—La señorita Ana está prisionera? dijo.

—Prisionera? dijeron á la vez los cuatro paisanos.

Sus ojos interrogaban al jóven conde de Vimar, como pidiéndole desmintiese la noticia; Eduardo los comprendió y bajò la cabeza diciendo:

—Mi hermana está en Gacilly!

—Ah! señor Marqués, hé aquí un horrible suceso! dijo el cura con emocion. Querida señorita! ¿Y como he sucedido eso?

—Señor rector, respondió el marqués, cuya voz hacia traicion á su secreta impaciencia; seria una historia demasiado larga. El mal está hecho: lo esencial es repararlo y esto sin pérdida de tiempo. La niña es decidida; no revelará quién es, y los azules no dan cuartel...

A esta espantosa idea, Eduardo se estremeció de pié á cabeza. Los paisanos dijeron á la vez:

—Qué es nesario hacer, señor marques? Dios mio! qué podemos hacer? aquí estamos los cuatro dispuestos á todo! Prisionerara!... Pobre señorita nuestra!... Vamos, señor conde, no lloreis así; nosotros la salvaremos.

El conde, en efecto, habia dejado caer su cabeza sobre su mano; la imágen de su hermana asesinada se le presentó de pronto; él lloraba.

—Eduardo, dijo con dulzura el Marqués, vas á retirarte. Lo que queda por hacer solo toca á estos valientes y á mí.

El jóven conde levantò la cabeza.

—Oh! tú no me das esa órden sériamente, exclamó indignándose á la sola idea de quedarse en el campamento, interin otros se esponian para poner en libertad á su hermana; imposible, marqués.

—Eduardo, dijo este en voz baja, me has resistido una vez esta mañana; ya sabes lo que ha resultado!

Despues en alta voz añadió:

El capitan Espartaco.

—Conde, dejadnos, exclamó; os lo ruego.

Esta orden pe. enteria no sufría réplica, á menos de revelarse abiertamente. Eduardo obedeció: pero antes de retirarse dijo todavía:

—Es una crueldad inmotivada, señor. Acordáos de que si sucede alguna desgracia tendré el derecho de pedir os cuenta de vuestra conducta de esta noche.

El marqués se inclinó con frialdad; despues, como Eduardo se alejaba tristemente, llamó aparte al cura de Gacilly, y le dijo:

—Señor rector, ese pobre niño me causa pena, ¿no ireis á consolarle?

El cura siguió á Eduardo. El marqués esperaba este momento; fué á colocarse en medio de sus cuatro compañeros, y arrojando sobre ellos una mirada donde se pintaba la ilimitada confianza que une á cada jefe de chuanes con sus *gars*, les dijo sin rodeos:

—Tengo motivos para creer que los que vayan esta noche á Gacilly no volverán: queris vosotros ir conmigo?

—Oh! señor marqués, demasiado lo sabeis.

—Es verdad, mis valientes; pero esta vez he debido mostraros el peligro. La desgracia de la señorita de Vimar interesa únicamente á sus parientes y amigos, y solo S. M. tiene el derecho de reclamar vuestras vidas. Por ese me he confiado á vosotros: ni uno solo me hubiera rehusado seguirme; pero antes de todo soy el jefe de un cuerpo de S. M. y no puedo esponerle mas que por el mejor resultado de la guerra.

Creer que los chuanes comprendieron bien esta distincion, tal vez fuera un poco arriesgado; lo que es cierto es que llevaron religiosamente la mano á su sombrero al nombre de S. M., y que acogieron la conclusion con grave y silenciosa deferencia.

—Iremos, pues, solos continuó el marqués; tú Huber, tomarás tu fusil. .

—¡Toma, pardiez!

—¡Silencio!... Tomarás tu fusil. A vosotros os daré cuchillos; será vuestra única arma.

—¡Oh! dijeron los chuanes admirados. Si asi lo quereis, señor marqués...

—El éxito de mi plan exige silencio;

es necesario que no haya mas que un tiro... ahora id á dormir una ó dos horas; cuando sea tiempo os despertaré.

Los cuatro chuanes levantaron en silencio el monton de malezas que cubria la entrada de la gruta; su jefe quedó solo, apoyado en el tronco de una vieja y chapparrada encina que habia tratado de crecer sin aire ni luz, en el fondo del precipicio.

Muchas horas pasaron antes que el marqués mudara de posicion. Durante ese tiempo su inmovilidad fué tan grande que se le hubiera podido tomar por una estátua, si de vez en cuando algun profundo suspiro no hubiera levantado su pecho, y mostrado, que bajo aquella calma aparente, se ocultaba una gran agitacion interior. En efecto, él se encontraba en un momento de grave irresolucion. Su conducta ulterior y lo que debia hacer para mayor utilidad de la causa á que se habia entregado, era el asunto de sus diarias reflexiones; pero aquella noche vino á unirse á sus incertidumbres la prision de Ana. Preciso le era confesar lo insuficiente de su partida para arrojar á los azules del canton. Es verdad

que el número de los chuanes aumentaba cada dia, pero aquellos nuevos enemigos de la convencion no tenian de chuanes mas que el nombre y la intrepidez. Ya eran hombres aislados, que insultados ó arruinados por los republicanos les declaraban una guerra á muerte, y emboscados detrás de las breñas acechaban dia y noche á sus enemigos; ya eran pequeñas partidas de diez, quince ó veinte hombres, á lo mas que combatian á los azules, pero que no retrocedian ante la ocasion de saquear un castillo realista; por otra parte obraban sin concierto, y mas dispuestos á destruirse unos á otros que á prestarse mútuo auxilio. El marqués sabia muy bien que las probabilidades de triunfo para el partido realista no estaban por entonces en Bretaña; sabia los extraordinarios progresos de los generales vandeanos; el marqués de Elbeé, con el que seguia correspondencia, le instaba vivamente para que fuera á reunirse á su cuerpo. Por esto la misma víspera habia resuelto hacer un último esfuerzo sobre Gacilly, y pasar en seguida á Loire, para reunirse al ejército católico. La cautividad de Ana

de Vimar destruía todos sus planes.

En medio de su vida de peligros siempre nacientes, la vista continua de Ana, su esquisita belleza y lo excepcional de su espíritu escesivamente romántico, habían obrado sobre el alma del marqués. Insensiblemente y antes que pudiera evitarlo, tuvo que confesarse que amaba á su linda prima. Desde entonces aquel sentimiento hechó raíces demasiado profundas en su corazón, para que tratara de desarraigarlo. A medida que su amor aumentaba, deploraba mas y mas la aventurera vida de Ana, y el olvido en que tenia las apacibles costumbres de su sexo. Ahora miraba como extravagancias aquel atrevimiento extraordinario y aquel valor varonil, que probablemente fueron el primer cebo de su pasión. Maldecía tanto mas aquel desgraciado heroísmo, cuanto veía en él el obstáculo mas insuperable, ya que no el mas sério, de su union con M. Elbeé. En la partida del *Hoyo de los paganos*, compuesta casi toda de vasallos del marqués y de la casa de Vimar, Ana podía seguir á su capricho su estraña vocacion. Los buenos chuanes de

Bretaña la admiraban, respetaban y adoraban como á una santa; ¿pero que seria de la pobre amazona en las filas de un gran ejército?

Estos pensamientos, el último en particular, á pesar de su poca importancia relativa, eran los que absorbían la mente del marqués. A los remordimientos de su conciencia, podía oponer la prision de Ana; en efecto, ¿debía dejarla en poder de los azules? Por otra parte, ¿hubiera sucedido aquella desgracia si él hubiera acallado su debilidad y hubiera dejado para otros combates las inútiles y peligrosas escaramuzas de la Bretaña? Se indignaba á la sola idea de haber preferido su amor á una niña, al servicio de S. M. se avergonzaba de si mismo. Despues, cosa estraña, verguenza é indignacion se evaporaban como un sueño, para dar lugar á una pensativa y melancólica tristeza, cada vez que se preguntaba: ¿Me amarà? pregunta que es el eterno tormento de el que pone su dicha en manos de una mujer.

Favorecida por la soledad y el silencio, su distraccion amenazaba prolongarse aun, cuan-

do afortunadamente para su amada, á quien de ningun recurso servia su larga meditacion, un rayo de luna se abrió paso á través de la maleza y fuè á dar en la frente del marqués. Este se estremeció; pero antes que tuviera tiempo para hacer ningun movimiento, la bóveda se volvió á cerrar, el rayo desapareció y un cuerpo pesado cayó en el fondo del precipicio.

—No os inquieteis, señor marqués, debe estar bien muerto; dijo al mismo tiempo la voz de Huber; sin embargo, hacer el favor de mirar. Esos bribones tienen la vida muy dura.

El marqués dió dos pasos atrás y su pié tropezó con un cadáver.

Al mismo tiempo llegaba Huber al fondo del barranco.

—Es Mathurin Caignel, señor marqués, dijo friamente Huber.

—Y por qué le has asesinado? desgraciadol

—¡Oh! .. era un perro; lo he acechado todo el dia y lo he pillado esta noche.

—¿Y quién te ha dicho que fuera un

traidor?

—Creo que no habeis mirado; de otro modo, hubierais visto brillar sus botones de estaño. Caignel se pasó á los azules, salvo vuestro parecer, señor Marqués.

El marqués castigaba rigurosamente aquellos asesinatos aislados que deshonoraban inútilmente á un partido; pero allí la traicion era manifiesta: Huber habia salvado tal vez á toda la partida de un inminente peligro. Apesar de esto, el marqués le preguntó con tono severo:

—¿Por qué has salido de aquí sin orden mia?

—Por... balbuceò el chuan haciendo dar vuelta á su sombrero de paja.

—Serás castigado; un asesino nocturno no es digno de formar parte de las tropas realistas.

—¡Oh!... Señor marqués!

El chuan que acababa de arriesgar su vida atacando á un enemigo que necesariamente habia de estar alerta, no encontró mas que esa exclamacion para rechazar el reproche tal vez injusto de su jefe.

—¡Qué! ¿están tan avanzaba la noche! es—
El capitán Espartaco. 11

esclamó este último, que habia tocado el resorte de su reloj; las once y media!... Dios quiera que no sea demasiado tarde!

—El marqués entró en la gruta con Huber y fué despertando uno á uno á sus otros tres compañeros de expedicion que dormian uno al lado del otro en un profundo sueño. Les hizo entrar en su tienda donde, segun les habia ofrecido, les repartió afilados cuchillos; despues salieron los cinco y subieron gateando por los bordes del torrente, dirigiéndose á Gacilly. Su marcha era rápida y silenciosa; los azules enviaba á menudo espías á los bosques, testigo el desgraciado Gaignel sorprendido por Huber á diez pasos del Hoyo de los paganos; el menor indicio podia dar la alarma.

La selva Nueva se estiende hasta cerca de un cuarto de hora de Gacilly. Nuestros nocturnos viajeros caminaron cosa de media hora y cubiertos por las bóveda de verdura que formaban las copas de los árboles sobre sus cabezas, no advitieron la densa niebla que iba cubriendo el llano. Algunos pasos antes de llegar al límite del bosque, el marqués

se detuvo diciendo:

—La niebla nos protege: la luna se ha ocultado para favorecer nuestra empresa. Escuchad y acordaos... Tu, Huber, vas á dejarnos aquí; sigue el camino de Caventoir y vuelve á Gacilly por detrás, por el lado del cuerpo de guardia.. Escucha.

El marqués le dijo algunas palabras en voz baja, y luego alto:

—Me has comprendido; no es necesario matar á ese hombre.

—¡Oh! dijo Huber desconcertado: todo sería que hubiera uno de menos.

—No lo matarás... marcha!

El chuan partiò.

—Nosotros, dijo el marqués, haremos otra cosa. Huber es inteligente; gracias á él espero que llegaremos hasta la señorita de Vimar; pero no es esto todo; es necesario pensar en la vuelta. Es necesario pensar en las patrullas que el teniente Collot enviará al llano; le conozco hace tiempo, y á la menor señal de la alarma no dejará de hacerlo. Y sin embargo, la señorita Ana debe ser salvada.

—Cierto, dijeron á la vez tres chuanes.

—Si solo se necesita ponerse delante y recibir los golpes en su lugar, dijo Juan Balagui, coloso de mas de seis pies de altura, cuyo valor y fuerzas extraordinaria eran conocidas aun entre los azules, aquí estoy yo, Balagui.

El marqués arrojò sobre los nervudos miembros del atleta una mirada de satisfaccion.

—Está bien, dijo; tu protegerás á la señorita Ana durante la retirada. Está contento?

—Esetoy aquí! dijo únicamente Balagui estirando sus gigantesco dorso.

—A la primera señal de la alarma, dijo el marqués, cojerás á la señorita Vimar en tus brazos, y emprenderás la fuga sin decir palabra... Vosotros al contrario, continuó dirigiéndose á los otros dos, vosotros correis haciendo mucho ruido en direccion contraria; es necesario que os persigan... Juson, y tú Miguel, vuestro cometido es el mas peligroso; lo cumplireis?

Los chuanes respondier on a una voz, sí! Esta simple afirmacion de su boca valia para el marqué tanto como el juramento mas solemne.

—Dios no auxilie! dijo; en marcha, muchachos; retened hasta el aliento.

Nuestros hombres penetraron en la landa; su marcha se hizo lenta y se tomaron todas las precauciones posibles para evitar el ruido. De este modo tardaron una hora en franquear el corto espacio que separa la Selva Nueva del Oust, que baña con su corriente las últimas casas de Gacilly. Por no pasar el puente, donde debía haber un centinela, vadearon el río y comenzaron á subir la pedregosa cuesta que costeano los muros del cementerio conduce al medio del pueblo. Al llegar al ángulo de aquel muro, el marqués hizo hacer alto; desde aquel sitio podía ver la cárcel donde estaba su prima; y el cuerpo de guardia que velaba delante de la reja de la puerta.

El papel que Huber tenía que desempeñar era muy distinto al pararecer. Cuando él llegó al cance de las avanzadas republicanas, despues de dar la vuelta convenida, empezó á hacer mucho ruido en la maleza, esforzándose por imitar la marcha de muchos hombres, y dando en las matas de su derredor con el cañon de su fusil. Por este lado el

El capitan Espartaco.

bosque llega casi hasta las casas; el chuan estaba á cosa de medio tiro de fusil, cuando el centinela gritó: ¿quien vive? El no contestestó, y siguió adelantando con su manejo para alcanzar un grueso árbol que veia confusamente á través de la niebla entre el republicano y él.

—¿Quién vive? preguntó aquel otra vez. El chuan le sintió armar el fusil.

—No te incomodes, buen hombre, murmuró continuando su ruido.

—Quién vive? repitió por tercera vez el centinela.

—Apunte, fuego!... exclamó Huber soltando una carcajada.

En el mismo momento sintió el silbido de una bala que pasaba á algunas líneas de su cara.

—¡Calla! estaba al descubierto! dijo con la mayor sangre fria. Vamos, esos azules del demonio aprenden á apuntar.

Despues se introdujo dos dedos en la boca é hizo resonar la maleza con aquel silbido agudo, prolongado, señal terrible muy cono-

cida de los azules, y gritó como un cómico de la legua:

—Ohé! ¡ohé! ¡chuanes, aquí!

Y descargó al aire su fusil, murmurando para sí:

—Perder un tiro como este á cincuenta pasos de un azul!... Basta! el señor marquès tiene algunos caprichos, pero jamás se chancea.

Hacia poco que Huber se habia unido á la partida del Hoyo de los paganos. Antes hacia la guerra como aficionado y por su propia cuenta. Era uno de aquellos chuanes aislados que acechaban continuamente á los republicanos y le hacia tal vez mas daños que las partidas organizadas. En aquel tiempo Huber se retiraba por las noches á su antigua casa, donde su mujer habia sido asesinada por los republicanos al principio de la guerra.

Un dia estos incendiaron su casa; el chuan añadió un nuevo juramento á los que ya tenia hechos, cogió sus muebles, es decir, su bota y escopeta, y fué á unirse á la banda del marquès. Durante el tiempo que vivió solo, contrajo costumbres feroces y salvajes, que contrastaban notablemente con las del resto de

la partida; sin embargo, el marqués le toleraba á causa de su desinterès é inteligencia, y de la imperturbable sangre fria que desplegaba aun en medio de los mayores peligros. Huber por lo regular, estaba taciturno en medio de sus compañeros; pero en el momento en que se encontraba solo comenzaba á hablar; este era otro de los resultados de su largo aislamiento. En todos los encuentros, aun en los mas peligrosos, se complacia en largos monólogos, sin que el ruido de la fusilería le hiciera comerse ni una sola sílaba.

El centinela habia gritado: á las armas, pero este grito era inútil; los dos tiros habian despertado á la guarnicion; algunos minutos despues, todos los azules armados se precipitaban al lugar del presumido ataque.

Todas las noches velaba de la prision un cuerpo de diez soldados. Estos, que estaban en pié al grito de alerta, fueron los primeros en salir; la cárcel quedó sin defensa. Este era el momento esperado por el marqués; en seguida se precipitó dentro seguido de sus tres compañeros.

IV.

En un principio cuando Ana se vió prisionera se alteró, y por cierto que tenia por qué; en aquellas guerras de esterminio no habia costumbre de dar cuartel. Pero pronto recuperó su habitual intrepidez. Siguió la marcha hácia Gacilly al frente del destacamento, con el paso firme y la cabeza alta. Interin los reclutas continuaban descuidados su camino, como antes de la escaramuza, los dos jefes contemplaban con sorpresa la delicada belleza de su prisionero. El teniente estuvo muchas veces á punto de adivinar la

El capitan Espartaco. 13

verdad; pero el paso apresurado y el aire determinado del jóven cuán le hacian volver á sus primitivas dudas. El capitan rompió el primero el silencio.

—Parecen demonios, ciudadano-teniente! dijo; verdaderos demonios! Quién podrá figurarse nunca que este niño, y muy bonito por cierto, habia de estar tan adelantado en el mal, no es verdad?... Espero que no estais herido, eh?

El teniente se quitó el sombrero y le enseñó el agujero que habia hecho la bala.

—Poco le ha faltado, como veis, ciudadano, dijo. El jóven tira bien; ojalá tiraran así nuestros soldados, que con sus cincuenta fusiles no han hecho mas que humo y ruido.

El capitan se adhirió con el gesto á la opinion del teniente, y temiendo un discurso estratégico continuó:

—Cuando yo os decia que los malditos salian de la tierra en este desgraciado pais! Viva la república, ciudadano! pero... se la podria servir mas alegremente. Estamos aun muy lejos?

—Qué hombre es este? se preguntó Collot

frunciendo el entrecejo: dónde ha hecho la guerra? Es necesario confesarlo, la Convencion nos envia soldados muy singulares!

—Ahora, dijo Espartaco con un tono que quiso hacer picaresco, voy á tratar de son-sacar à ese jóven. Fiad en mí, muy tuno ha de ser sino saco de èl preciosas enseñanzas; ya vereis.

Y aflojó el paso para dejar acercar el preso, y le dijo:

—Ciudadano rebelde!...

A este apòstrofe burlesco, Ana le miró guiñando los ojos; su cara tomó una espresion de burla tal, que el astuto diplomático no pudo acabar su oracion. Este se quedò con la boca abierta, deplorable y enteramente desconcertado; pero nuestra amazona acudió en su auxilio. Viendo delante de ella una de aquellas caras honradas y bonachonas, cuyo aire es tan conocido en todas partes, le dijo con dulzura:

—Y bien, señor capitan, creo que deciais: ¿Ciudadano rebelde? Perdon, si os he mirado con aire sorprendido. Esos dos títulos no me pertenecen, y podia dudar que me fuesen diri-

gidos, *ciudadanos?*.... quita á alla! Por lo que hace á *rebelde*, Dios sabe, señor capitan, á cuál de nosotros dos se podia aplicar mejor.

—Jóven, dijo Espartaco avergonzado del desgraciado suceso de su interpelacion; poco me importa el nombre que querais. Os llamarè como gusteis.

—Gracias. Acabais de llamarme jóven, continuad así; el título es un poco largo y seria una gran casualidad que pudiera no convenirme.

—Jóven, eso es, dijo el capitan volviendo á su astuta sonrisa. Hablemos un poco, que-
reis?... Hace un calor...

—Sofocante.

—Sofocante, eso es... Jóven, os espresais muy bien. Estoy seguro que habeis recibido muy buena educacion.

—Pero, señor capitan...

—Ya veis que lo conozco... Y decidme, el que llamais *marquès*... ya sabeis... eh?

—Y què?

—Si... Podria saberse su habitacion?

—Su habitacion! repitió el prisionero.

—No tengais miedo, es por su interés...

¿Dónde habita ese virtuoso ciudadano?

—Tan ciudadano como yo, capitán.

—Comprendo... Y dónde vive?

—Queríais verlo?

—Justamente! Verle... una simple visita.

—Capitán, nada más fácil; estoy convencido que él mismo se creará muy honrado con vuestro conocimiento.

—Verdad!... Pero su casa está guardada?

Una idea luminosa cruzó por la mente de la joven, el capitán merecía un castigo por su fingido papel de traidor, que por cierto desempeñaba muy mal, aunque lo hacía de corazón.

—Su palacio! preguntó Ana enfáticamente.

—Justo, su palacio, dijo Espartaco.

Este fué interrumpido por el preso, que dijo severamente:

—No puedo contestar á vuestra pregunta, señor. ¿Quién puede vanagloriarse de conocer las criaturas que velan á la puerta de ese palacio? El Marqués es un ser todo poderoso, uu ser temible. Si yo os dijera... pero no me creeríais.

—Decid, decid, joven, dijo el capitán con
El capitán Espartaco. 14

una curiosidad de niño.

Ana tomó un touo grave, y dijo:

—He oido contar á personas bien informadas, cosas extraordinarias... sobrenaturales!

—¿De veras?

—Su pecho rechaza las balas, los puñales se embotan en sus lados...

—¿Cómo!

—¡Chist! el aire que respiramos le obedece, y le contará nuestras palabras. ¡Escuchad! ese viento que pasa tal vez sea èl.

El capitan trató de sonreirse.

Ana repuso:

—Yo, que os hablo, le he visto una vez. Era una noche de invierno, su frente brillaba con un pálido resplandor, descolorido como el fuego fátuo de los sepulcros. Yo no podrè decir si aquel resplandor era la aureola divina, ó la corona fatal de los condenados. Lo que todos saben es que él no es hijo de mujer. El marqués no es hombre.

A medida que la señorita de Vimar adelantaba en su fantástica descripcion, se hacia mas y mas misteriosa; las últimas palabras fueron pronunciadas con todo el énfasis que

se pudiera desear. El capitán se sobre saltó; estaba pálido como un difunto y su mirada vagaba estraviada.

— ¡Ah! ¿pues quién es? preguntó en voz baja.

— No lo sé; no me preguntéis más. Tal vez haya dicho demasiado, por vuestro reposo mismo.

— ¿Cómo, cómo? ¡jóven! exclamó Espartaco sumamente asustado; ¿qué entendéis por estas palabras?

— ¡Chist!...

— Pero...

— ¡Nada! ¿Heblemos de otra cosa, os suplico. ¿Parece que estais cansado, capitán?

— Es sed lo que tengo... Pero dime, jóven... es una cosa increíble!... Bien nos lo decian en Paris... ¡Pero esto es más!... mucho más que aquello!... Diablos! balas que se aplastan... la Convencion debia decretar alguna cosa... puñales que se embotan!

— Silencio, señor, dijo Ana á quien el capitán no divertia más que medianamente.

El pobre hombre no se atrevió á insistir más.

— ¡Es increíble! repetia reuniéndose al te-

niente: ¿qué va à ser de mí en ese pais de diablos y bandidos?... ¡Ah! ¿por qué he dejado mi tierra, por qué?

Una vez llegada á Gacilly y encerrada en la cárcel, Ana abandonò de repente la máscara de tranquilidad y alegría burlona, que se habia impuesto en el camino. No era ya el jóven de rostro altanero y burlon, abusando sin vergüenza ni piedad de la simplicidad parisiense del bueno Espartaco. Ana, segura ya de estar sola, y no temiendo la mirada insolente y curiosa del vencedor, dejó caer su cabeza sobre sus manos y se quedó como anonadada. Ella estaba así mas bella, mil veces mas bella: su húmeda mirada habia ganado en dulzura lo que habia perdido en atrevimiento y fiereza; el conjunto de su fisonomía habia adquirido otra vez el carácter distintivo de su sexo, aquella modestia encantadora, embeleso inmenso, necesario de la mujer, que despojándose de él, se hace un ser imcompleto, sin nombre, privado á la vez del poder de un sexo y de la gracia del otro.

Ana enjugó sus lágrimas con aire decaído; despues dió vuelta á la prision con una mirada.

Era un cuarto de mediana capacidad, triangular, formado de la mitad de un cuarto cuadrado. El tabique habia sido levantado diagonalmente para que la puerta, colocada en uno de los extremos pudiera servir à dos cuartos à la vez. El asiento del preso estaba arrimado al tabique; la vista de Ana se fijaba en las casi tinieblas del ángulo que tenia en frente. En el ángulo, y algunos piès del suelo, habia una especie de cartel adornado con una viñeta de color rojo que figuraba un gorro frigio à la punta de una pica. Cuando su vista se acostumbró à la dudosa claridad de la prision, Ana pudo leer debajo de la viñeta las tres palabras sacramentales de la divisa republicana.

Libertad, igualdad, fraternidad.

Y mas abajo:

Es necesario sangre para vengar la república.— Todo agente de la contrarrevolucion debe ser juzgado y fusilado en veinte y cuatro horas.

A la vista de aquella brutal amenaza, que la decia su muerte del dia siguiente, Ana se sonrió amargamente; un rayo de intrepidez

El capitán Espartaco.

brilló en su mirada, mas que nunca altanera. Sus lágrimas se secaron; el escrito la habia consolado. Tal vez fuera aquella la primera y última vez que producía semejante efecto.

Cuando la señorita de Vimar cedió un momento á su primitiva debilidad y corrieron sus lágrimas, no era por el temor sino por un sentimiento aun mas femenino: la vanidad. Ana era valiente, en efecto: á lo menos tenia aquel impetuoso desprecio de la vida, irreflexivo, nervioso por decirlo así, que en los hombres produce á menudo las malas cabezas, y una que otra vez, los héroes; en ninguna ocasion temió la muerte; pero entonces, sobre todo, sabia que el peligro tan grande en apariencia, no le era tanto en realidad.

Tal vez en aquel mismo momento su hermano y el marqués lo preparaba todo para su libertad; al dia siguiente no debia encontrarla en aquel cuarto, estaba segura de ello. Pero, segun dice un refrán, toda hermosura tiene el derecho de ser caprichosa. Nuestra jóven amazona usaba largamente de su derecho. El mismo dia antes, interro-

gando su conciencia, se habia confesado que el marqués ocupaba un lugar preferente en su corazón: no es que se hubiera dicho: Le amo! Ella no lo sabia; pero por otra parte habia sido franca. Ella no se habia disimulado aquel instinto de coqueteria que se apoderaba de ella à la vista del marqués; aquel deseo de brillar à sus ojos, de parecerle à él, à él solo, bella, buena, espiritual, aquellas ganas de gustarle, en fin. Mucho menos cuando se hizo estas preguntas:

—¿Por qué he abandonado mis habituales costumbres de jóven? Por qué me he vestido de guerrero, yo, que temblaba sola al oír el ruido de la escopeta de Eduardo? ¿Era una necesidad, un instinto irresistible de valor? ¿Era una vocacion?...

Ana tuvo la buena fé de confesarse que aunque todas aquellas cosas existian en ella, no hubieran bastado nunca à hacerla abandonar lo que ella llamaba ahora preocupacion de su sexo. No. Ella habia querido seguir à Eduardo, el mas amado de los hermanos, y no separarse del marqués. Y sin embargo, aquellas lágrimas de las que se abergonzaba

sin echar de menos su bien, habían acudido á sus ojos al solo pensamiento de tener que deber al marqués su libertad. Aquellas lágrimas á las que hemos consagrado un párrafo sentimental, eran solo lágrimas de despecho! Tomando el traje de hombre, Ana había tomado también su susceptibilidad: el señor caballero de Vimar no podía soportar la idea de una libertad que debía ir acompañada de una serie de reproches merecidos, afectuosos pero humillantes por eso mismo; había llorado porque el marqués iba á ir con derecho para decirla;

—Ana, creedme, volved á tomar vuestro traje de muselina blanca que os sienta tan bien, y vuestro sombrero de paja que os hace tan hermosa. Sois demasiado aturdido para ser soldado, señor caballero: demasiado bella, y demasiado amada, sobre todo, para acercaros tanto á los azules, querida prima.

Si Ana no estaba segura de que amaba al marqués, sabía por lo menos que era amada de este. Desgraciado de él, pues, si trataba de abusar de las aparentes ventajas que le daría la libertad del joven voluntario. La señorita de

Vimar no había de perdonárselo.

En esta disposición de ánimo estaba, cuando afortunadamente para el marqués, la muda amenaza escrita en el cartel, destinada sin duda à atormentar à los prisioneros de la república, vino à distraerla de sus orgullosos pensamientos que se iban haciendo mas hostiles cada vez. M. de Vimar, padre de Ana, fué guillotinado en Vannes. La aversion de Ana hácia los colores que adornaron el cadalso de su padre, se despertó tan fuerte à la vista del cartel que ahogó todos los demás sentimientos. Se levantó temblando de cólera y recorrió el cuarto à grandes pasos. La noche empezaba entonces; la jóven sumamente preocupada no advirtió el paso de las horas. Cuando dieron las doce de la noche en el reloj de la Iglesia, antes parroquial, todavía se paseaba revolviendo en su mente proyectos de venganza y de combates, en los que involuntariamente se colocaba siempre entre Eduardo y el marqués, velando dos vidas igualmente queridas.

Hácia la una de la mañana dos tiros que sonaron casi al mismo tiempo, la sacaron

El capitán Espartaco.

de su distraccion.

Algunos segundos despues resonaron fuertes golpes en la puerta exterior de la cárcel.

Eran el marqués y los tres chuanes que se aprovechaban de la alarma dada al cuerpo de guardia.

—¡Voy, voy! respondió en el interior una voz ronca y soñalienta.

Los golpes redoblaron; el durmiente no se daba mucha mas prisa.

—¡Dad, dad! murmuró; la puerta es buena y no la rompereis. He oido los tiros tambien como vosotros. ¡Malditos perros!... añadió en voz baja; ¿qué quereis que yo haga? Los chuanes llegan... dejadme en paz.

El marqués dejó escapar una interjeccion muy poco en armonia con la finura habitual de sus maneras. Metiendo despues dos dedos en su boca, hizo oir un silbido semejante al de Huber, aunque menos pronunciado, y golpeó de nuevo gritando:

—¡Ivon!

—¡Santo Dios! dijo la voz que de gruñoua se hizo de repente inquieta; es él de seguro..... ¿Quién hay?

—Yo, dijo el marqués impaciente; abre!

—¿Sois vos?

—Bien lo sabéis; abre te digo.

—No abriré si no dais el santo.

—Ivon, amigo mio, soy yo, el marqués...

He olvidado el santo:

—Tanto peor! así como así no tengo á nadie mas que á un pequeño chuan, que ni vale la pena de que se hable de él.

El tiempo pasaba; el marqués estaba verdaderamente desesperado.

—¡En nombre de Dios! exclamò; ¿no me conoces?

¡Si; pero algun demonio puede haber tomado vuestra voz; quiero el santo..... Buscad á ver, amo mio, hay algo de caza... y una mesa.

Estas palabras recordaron al marqués el santo que habia olvidado, y dejando el tono de ruego dijo con autoridad:

—Abre en nombre del rey! «La caza cogida en el lazo no está aun en la mesa.»

—Eso es, dijo abriendo un grueso paisano; salud señor marqués! ¿Que os trae por aquí á estas horas?

—Tienes un prisionero? preguntó vivamente el marquès.

—Un dèbil niño, un!...

—Traèle al momento.

Ivon retrecedió y bajó la cabeza.

—¡No puedo, dijo, Santo Dios! ser fusilado por un mozo como ese... eso no sería justo, señor marquès.

Este hizo un gesto de impaciencia; aquel continuó:

—Amo mio, si el jóven se escapa, mañana á lo mas tardar habrè acabado. Me he hecho ya sospechoso por Huber, y Huber todavía pase, pero ese!

—Ese es tu jóven ama, Ivon, dijo el marquès. Dormias tú tan pronto para no haber conocido á la señorita de Vimar?

—Ivon tembló de piè á cabeza.

—Santo Dios, dijo, mi señorita!

Y sin añadir palabra subió rápidamente la escalera.

Ivon era un antiguo criado de la casa de Vimar. Por algun tiempo formò parte de la banda del hoyo de los paganos, y el marquès, reconociendo en èl una fidelidad

á toda prueba, le habia encargado de una mision tan pesada como peligrosa; cuando los azules ocuparon definitivamente á Gacilly, Ivon tuvo que establecerse allí, y finjir un ardiente amor á la república, y se propuso para carcelero á aquellos malditos perros bebedores de sangre, como él llamaba á los soldados de la Convencion. El chuan no carecia de astucia; á pesar de su exterior rústico, desempeñó su papel al natural y triunfó completamente. Muchas veces, gracias á él, se habian evadido algunos presos, y en particular Juan Huber; pero desde la evasion de este último, habian recaido las sospechas sobre el carcelero. Un dia el teniente le mandó llamar y le prometió fusilarle á la primera evasion que hubiese. Collot no amenazaba jamás en vano: el chuan se dió por advertido.

¿Pero qué le importaba ahora aquella amenaza? Ana, la señorita del señor conde. Ana á quien él habia visto nacer, y á quien habia mecido en sus rodillas, su pequeña señorita, á la que queria con todo el cariño que un paisano breton conserva hasta el último suspiro á los hijos de un buen amo,

¿Ana estaba presa, su vida estaba en peligro! ¿podía él pensar en otra cosa?

Ivon abrió la puerta precipitadamente y penetró en la habitación; dirigió la luz de su linterna hacia su señorita, y la contempló largo tiempo en silencio. La joven se vistió de hombre despues de la marcha de Ivon; así es que este lo primero que hizo fué demostrar su sorpresa-

—Es posible! dijo, mi señorita en traje de caballero!.. Buenas noches, señorita Ana!.. ¿hème aquí Ivon... No me conocéis ya?... Soy Ivon!

Ana estaba sentada en el cascabel en una digna y resignada actitud. Cuando oyó llamar con violencia, y despues subir precipitadamente la escalera, creyó que la tentativa del marqués habia abortado; ella esperaba ver en el recién llegado un verdugo encargado de deshacerse de ella al menor ruido. A las últimas palabras de Ivon, le reconoció, levantándose vivamente, dijo en vez de contestar.

—Y el marqués? sabes del marqués? Y

mi hermano, mi hermano primero!... Donde están.

—Santo Dios! cómo ha crecido! murmuraba Ivon; es el retrato de su madre; nuestra difunta señora.

El marquès estaba pues solo. Habia ido á imponerse á ella como único libertador; Eduardo no estaba allí para compartir los peligros y su reconocimiento. Ana se vió asaltada de nuevo por sus fantásticos escrúpulos, y volvió á sentarse silenciosa.

—No me habeis oido, señorita? exclamó Ivon sorprendido de tan estraña conducta. Si quereis hacer prender al marquès y á sus tres compañeros no teneis mas que continuar como ahora.

Ana vacilaba; tan poderosa era su imaginacion que estuvo á punto de quedarse. Por fortuna sus miradas se fijaron en la viñeta, y por grande que fuera su valor, como ningunas ganas tenia de servir de blanco al fuego de los reclutas republicanos, salió con Ivon. A su entrada en la sala donde la esperaban con impaciencia los cuatro chuanes, el marquès se adelantò rápi-

damente y la dijo tomándola de la mano.

—Gracias á Dios que estás aquí, Ana! Has tardado mucho y los momentos son preciosos... Marchemos!

La jóven retiró su mano con aire mohino.

—Reproche ya! dijo. Si eso perjudica hasta ese punto puedo quedarme muy bien. Creo que no te he pedido que me libertaras.

El marqués la miró como si creyera haber comprendido mal; aquella mirada que daba entender que él esperaba un recibimiento muy diferente, irritó mas y mas á Ana: frunció las cejas y continuô:

—No partimos? Te esperol además espones la vida de esa pobre gente. En verdad que no concibo tus retardos!

El marqués por toda repuesta se sonrojô y se inclinó cortézmente. Ordenó la marcha con un gesto, y saliô precedido de tres chuanes con su prima, cuyo mal humor habia llegado á su colmo. Solo Ivon se quedó en el dintel.

Buenas noches, señorita, dijo, buenas noches, señor marqués! Dios os bendiga! Buenas noches, muchachos; no olvidéis á Ivon

en vuestras oraciones... Cuidado con el centinela cuando pasais la Iglesia! . Buenas noches, ama, señorita Ana; si no temiera pedir demasiado, os rogaría que hiciérais decir una misa por el pobre Ivon. Era criado de vuestro castillo, señorita...

—Qué quiere decir? preguntó Ana.

—Perdon! exclamó Ivon, no creo haberos ofendido...

—Pero Ivon, por qué esa petición?

—Oh! nada, señorita, que mañana voy á ser fusilado, si Dios no lo remedia; yo hubiera querido... lo mismo dá, no hablemos mas de eso.. Mi buena ama rezará en el cielo un Ave María por mí, que he salvado á su hija; es todo lo que necesito... Ahora, váyanse ustedes; los azules van á volver.

—Pero qué! vas á dejar aquí á ese pobre Ivon? dijo Ana profundamente conmovida. Enrique... si es así, me quedo con él.

A estas palabras el marqués salió de su preocupacion.

—Ivon, amigo mio, dijo, vas á venir con nosotros. Jamás he tenido otra intencion. Cierra la puerta á fin de que no se descubra

El capitán Espartaco.

tan pronto la fuga de la señorita, y siguenos.

El buen Ivon, que se hubiera quedado en su puesto sin murmurar palabra, no era insensible á la vida; así es que acogió con vivos trasportes de alegría las palabras del marqués. Se apresuró á cerrar la puerta, y echando las llaves por la gatera, fué á reunirse á sus compañeros, pudiendo contener apenas las ruidosas manifestaciones de alegría.

La pequeña tropa llegó sin ruido hasta el ángulo del cementerio que habia servido de observatorio al marqués. La noche era tan oscura en aquel momento, que apenas se divisaban los unos á los otros. El marqués preguntó en voz baja si saltaba alguno; despues llamó á Ivon para mandarle que fuera de vanguardia. Despues continuó:

—Dónde está Balagui?

—Aquí respondió una voz ruda; al lado de la señorita.

—Está bien! Te acuerdas?....

—Si hay que salvar á la señorita, la salvaré.

El marqués se colocó al otro lado de Ana,

colocó á retaguardia á los otros dos chuanes, y en este orden descendieron al vado. El río fué atravesado sin ningun accidente; habian andado ya unos cien pasos en el llano, cuando Ivon divisó en la oscuridad una sombra que marchaba hácia Gacilly.

—Quién vive! gritó aquel hombre.

Y encontrando bajo su mano un bosque de cabello, cogió al acaso un puñado de ellos.

—Eh! chuanes, desviaos! gritó el rústico de Asas, sacudiendo á uno y otro lado su cabello para hacerlo soltar á su enemigo; pero el teniente Collot tenia un puño de hierro.

El grito de Ivon fué inútil; Collot marchaba al centro de su tropa, y cuando él cogió á Ivon, los chuanes estaban ya rodeados por el resto de los soldados. Balagui se cuidó poco de aquello, y fiado en su escesiva fuerza, se preparó á cumplir su promesa. Levantando ligeramente á la señorita de Vimar con una mano, la colocó sobre sus hombros, y cogiendo con la otra su cuchillo, echó á correr hácia el bosque. Los azules iban de tres en fondo; al dia siguiente habia en aquel

sitio seis cadáveres, tres á cada lado del camino que Balaguí se habia abierto. Una vez libre arrojó un grito salvaje de triunfo y echó á correr en direccion á la cueva.

Los otros fueron rodeados en un abrir y cerrar de ojos, y reunidos á una docena de hombres desarmados que los azules habian hecho prisioneros.

Collot dijo con voz grave:

—Sargento Buzine, uno de esos pillos se ha escapado y me ha parecido sentir caer uno de los nuestros.

—Mas de uno, ciudadano, mas de uno, dijo el sargento en voz baja. Parece que llueven chuanes esta noche! Dios quiera que hayamos acabado!

—Cerrad filas, Buzine; mañana sabremos nuestra pérdida. Cuantos prisioneros tenemos?

—Unos quince.

—Cualquiera que sea su número, el negocio es claro. El capitan tiene la facha de moderado; pero no se atreverá á desobedecer las órdenes de la Convencion.

A esta poco respetuosa apreciacion de los méritos de Espartaco Tricotel, salió del grupo

de los presos un ruidoso suspiro, ó mas bien una especie de jemido, que el teniente hubiera podido reconocer. Pero nadie se fijó.

Durante el resto de su marcha, prisioneros y soldados guardaron un profundo silencio.

V.

Cosa de media hora despues de la salida del marqués del hoyo de los paganos, es decir, á media noche, un hombre levantó con precaucion el lienzo de su tienda principal, y se acercò á la cama comun de los chuanes. Allí despertó á una docena de hombres escogidos entre los mas valientes y vigorosos, les habló con calor algunos minutos, y habiéndoles determinado, salió con ellos de la

cueva. Aquel hombre era el jóven de Vimur, que queria tambien contribuir á poner en libertad á su hermana.

Tomando menos precauciones que el marqués, habia llegado al mismo tiempo que él, y se habia aprovechado sin saberlo de la alarma ocasionada por Huber. Habia pasado por delante de la cárcel al mismo tiempo que Ivon daba prisa á Ana para seguir al marqués, y habiendo visto al extremo de la calle una casa de alguna apariencia, se figuró que era la habitacion del jefe y que estaba allí su hermana.

Cuando Eduardo llegó á aquella casa no habia nadie en el cuerpo de guardia, ni en las garitas. Seguido de los doce chuanes que estaban admirados de aquel extraño abandono, atravesó el vestibulo, subió la escalera y penetró sucesivamente en varias habitaciones. Todas estaban alumbradas; en algunas, las camas deshechas y calientess todavia daban á enten ler que los dueños habian salido hacia poco; pero todas estaban vacías. Por fin llegó á una habitacion del piso principal que estaba cerrada.

—Aquí hay alguno, por lo meaos, dijo. Y llamó.

—Voy, en seguida... en seguida, dijeron... Qué diablos! La república no puede exigir que salga sin calzoncillos!

Eduardo, desconcertado iba à subir mas arriba, cuando se abrió la puerta, y apareció en el dintel la ancha cara del capitán adornada de su natural bondad y de un gorro de algodón con borla tricolor. Viendo solo à Eduardo, le tomó por su hermana à quien en efecto se parecia algo.

—Es Vd, jóven? dijo. Viene Vd. à atacar la guarnicion en el interior, mientras el enemigo está à las puertas?... Pero, ahora que me acuerdo, quién os ha abierto la puerta de la cárcel!?

Por preocupado que estuviera, Eduardo se quedó sorprendido ante la risible fisonomía del ciudadano Tricotel; su sorpresa aumentó al oír el discurso del buen hombre evidentemente dirigido à su hermana. Por lo que toca al enemigo de que hablaba, no podía ser otro que el marqués; pero su ataque, sin duda, habia sido rechazado; ¿que podían ha-

cer cinco hombres solos cuando la guarnición estaba alerta? Profundamente herido por la conducta del Marqués en una cosa que de tan cerca le tocaba, sintió un momento de secreto placer al pensar que él solo iba á poner á su hermana en libertad; pero los temores que le asaltaron en seguida acerca de la suerte del Marqués, dominaron aquel arranque de vanidad satisfecha. Quiso acabar pronto á fin de acudir al auxilio del Marques, y presentó bruscamente su gente. El capitán abrió los ojos desmesuradamente.

—Aquí hay un prisionero que va usted á entregarme inmediatamente, dijo Eduardo.

El capitán reunió todas las fuerzas que pudo para contestar con un poco de seguridad:

—¿Y con qué derecho?....

—Cojed á ese hombre, dijo Eduardo.

En un momento los chuanes se apoderaron de él y le colocaron en medio de ellos.

—Y vé usted que mi derecho es de la última evidencia, dijo Eduardo. Ahora va usted á guiarme inmediatamente al cuarto del preso. si no!...

Y el conde hizo un gesto de los mas espresivos.
El capitán Espartaco.

sivos enseñándoles un hermoso par de pistolas que llevaba en el cinto.

Espartaco Publicole Tricotel, capitán al servicio de la república, tenía unos cincuenta años. Cuando estalló la revolución era un sombrerero en la calle de la Ferronnerie, gozando desde Saint-Eustache hasta la plaza de Chatelet de una reputación de inocencia y probidad incontestables.

Espartaco Tricotel que sin saber de lo que se trataba había abrazado la causa de la libertad con el celo de un romano, cambió sus tres nombres de bautismo, Isabel, Bonifacio, Espíritu, por los de los dos ilustres personajes cuya biografía nos ha referido sucintamente al principio de esta historia. Al mismo tiempo se hizo uno de los oyentes más asiduos de aquellos vociferadores enfáticos abortados por el Palais-Royal, y encargados de escitar por todos los medios posibles las malas pasiones de la multitud.

A fuerza de oír cierto número de palabras vacías, y retumbantes, á estilo de aquellos oradores de callejuela, concluyó por retenerlas en la memoria. Un día subió en un guardacanton

del Mercado de los Inocentes, para pronunciar lo que despues llamaba descaradamente su primer discurso. Su atrevimiento fué afortunado: su discurso tuvo un éxito brillantísimo. Su auditorio no le comprenderia, pero tampoco él sabia lo que se decia; pero aquello era lo de menos. Las palabras libertad, nacion, manejos, desorganizadores, miasmas, contra-revolucionarias, guillotina, panteon, etc., todas ellas llevadas con gran sagacidad, aparecian de cuando en cuando pronunciadas con voz aguda y lastimera; todo esto apoyado con furibundos y discordantes gestos. ¿Qué mas se podia desear?

El auditorio, completamente satisfecho prorumpió en una salva de aplausos; y el orador, loco de alegría, fué llevado en triunfo á su casa, donde su esposa la ciudadana Tricotel, le acogió con lágrimas de ternura. Esta digna mitad del tribuno sombrerero, servia tambien á su modo la buena causa; ella brillaba en primera fila entre aquellas sentimentales criaturas, que al paso que remendaban las medias de sus maridos, iban á embriagarse en sangre alrededor de los cadalsos de la Convencion. Desde aquel famoso dia, Espartaco fué el grande hombre

de su seccion; por todas partes se le proclamaba el orador por su escelencia, el Mirabeau del Mercado. Cuando cediendo á las exigencias de los patriotas sedientos de elocuencia, pronunciaba su discurso, porque era el mismo, su primer discurso, el que siempre pronunciaba con heróica perseverencia, se via interrumpido por entusiastas bravos que ahogaban su voz.

Hácia el mes de junio, de 1795, la ciudadana Tricotel hizo una marcha forzada para disfrutar en un mismo dia de cuatro ejecuciones notables; á la vuelta cayó enferma. Ella pertenecia á aquel mundo donde las cosas mas bellas tienen el destino que todos sabemos; una fluxion de vientre la arrebató en algunos dias á las caricias de su esposo y á los inocentes gozes que de valde le proporcionaba aquellos buenos ciudadanos del tribunal revolucionario. Aquel fué un doloroso acontecimiento para Espartaco: aquella mujer que paseaba su vista con delicia por la sangre, era en su interior una esposa cariñosa y apasionada. Este fenómeno no era raro en aquella época; el asesino, despues de bañarse en sangre, entraba en su casa, lavaba sus manos y acariciaba á sus hijos; la

calcetera encendia su lámpara y lloraba á la lectura de alguna triste novela. No conocemos contraste mas horrible.

Espartaco mismo, á pesar de su furiosa elocuencia, era en el fondo el mas inofensivo de los hombres. La muerte de su esposa le dejaba completamente solo; su aislamiento le disgustaba. Sus triunfos como orador no bastaban ya á reprimir sus disgustos, eran necesarios otros triunfos. Despues de una madura reflexion se puso á pensar que antes de su primer discurso nada sabia de elocuencia; ahora ignoraba el manejo del fusil y cuanto atañe á la estrategia; luego debia ser un gran capitán. El argumento no tenia réplica.

Espartaco era primo de Saint-Just, y como en aquel tiempo de igualdad modelo, el favoritismo se practicaba con furor, el buen hombre obtuvo, en cuanto la solicitò, una plaza de capitán, vacantes en las brigadas del Oeste. El ejército estaba lleno de aquellos oficiales salidos de las tiendas, que dejaban la vara de medir por la espada, el mostrador por el vivac. Algunos, debemos confesarlo, fueron grandes capitanes; pero ¡cuántos no conservaron en los

campamentos sus mezquinas ideas y su cobardía de mercader! La historia, tan parcial de la revolución, solo ha hablado de los primeros. En esto se fundò aquel famoso tema cantado en todos metros por algunos poetas aduladores de la multitud: el guerrero improvisado, que, horteramente pacífico el día antes, afrontaba al día siguiente mejor que los mejores soldados, la metralla y las bayonetas enemigas, y reclutaba ó general, ejecutaba ó mandaba las mas difíciles maniobras.

Digan lo que quieran los académicos, es mas fácil vociferar en las calles, que conducirse con serenidad ante el peligro; por eso Espartaco no obtuvo el mismo resultado en uno que en otro caso; su papel de capitán habia de ser grotesco.

A la vista del gesto amenazador de Eduardo, al aspecto de aquellos hombres groseros, y decididos, Espartaco perdió completamente la cabeza. Hacia girar sus espantados ojos, murmurando sin saberlo algunos fragmentos de su antigua elocuencia: pero afortunadamente para él lo hacia en voz tan baja que sus guardianes no pudieron comprenderle.

—Pronto! le dijo de nuevo Eduardo.

—Ciudadanos, dijo Espartaco, yo... la sangre de los traidores...

—El preso! el preso! interrumpió con impaciencia el conde. Si por vuestra culpa le sucede alguna desgracia, sufrireis las consecuencias, me respondeis de su vida con la vuestra.

Después viendo sobre la cama el frac y las charreteras de Espartaco preguntó:

—Es usted el jefe del destacamento?

—Sí; dijo el capitán paseando en derredor una mirada tímida y estraviada...

Después su fisonomía se tranquilizó; apareció en sus labios una amable sonrisa y dijo:

—Espartaco Tricotel, sucesor de su padre, caballero.

Eduardo separó de él su vista con un disgusto mezclado de piedad.

—El miedo le ha vuelto loco, dijo. Sin embargo, es necesario acabar... Señor capitán, dijo Eduardo cogiendo una de sus pistolas, por última vez os ruego que me guíeis á donde está el preso.

Espartaco levantó hacia él una estúpida mirada; Eduardo preparó su pistola.

El desventurado capitán encomendó su alma á Dios. Afortunadamente para él el centinela que dejaron en la puerta apareció en aquel momento:

—¡Los azules! dijo.

Espartaco había juntado sus manos y miraba la pistola como un africano su ídolo; á aquel aviso se tranquilizó un poco y dió un paso hacia el interior del cuarto.

—¡En marcha! dijo Eduardo empujándole. Cuidad de ese hombre, dijo á los chuanes; al fin es su capitán y su vida responderá de la de mi hermano.

Los chuanes descendieron precipitadamente á la calle, y desaparecieron en el campo antes que llegara la guardia, que ni si quiera se apercibió de que hubieran estado allí. Iban por la landa con muy poca precaucion, cuando fueron presos en la orilla del bosque por el teniente Collot, como debía serlo el Marqués con toda su gente algunos minutos despues. Esto puede esplicarnos las palabras del sargento Buzine, y el doloroso suspiro que salió del grupo de prisioneros cuando el teniente Collot nombró á Tricotel tildándose con el insultante

epíteto de moderado.

Para Huber habia sido un juego el librarse de la persecucion de los soldados. Despues de obrar como hemos visto para alejar de la cárcel al enemigo, se arrojó entre la maleza y esperó. Los azules pasaron precipitadamente á diez pasos de él, pero este sabia ocultarse cuando llegaba la ocasion. Acurrucado, inmóvil, conteniendo su aliento, parecia un tronco de encina cortada.

Cuando hubo pasado el último azul, Huber se levantó, y para matar el tiempo se fué á reconocer las cercanías del cuerpo de guardias. Hecho esto, atravesó las desiertas calles de Gacilly y se dirigió hácia el sitio de la cita con el Marqués, á la orilla del bosque. Llegado allí esperó algun tiempo; pero inquieto por la suerte de su jefe, cargó su fusil y volvió á internarse en el llano.

La noche era tan oscura y el teniente Collot caminaba con tanto silencio, que no debemos estrañarnos de la prision de las dos partidas realistas; pero para un hombre solo y un hombre como Huber, verdadero chuan, siempre en guardia, la sorpresa era mas difícil. Es-

tando aun lejos, percibió el ruido sordo y acompasado de muchos pasos. Apesar de tomarlos como de los hombres del Marqués, avanzaba con precaucion, cuando Collot creyendo haber llegado al reconocimiento bastante lejos, mandó hacer la retirada; el chuan supo á qué atenerse. Desde aquel momento se figuró lo que habia sucedido; los azules á su vuelta seguian exactamente la direccion de Gacilly al sitio de la cita; queria ir á advertir al Marqués, cuando Eduardo fué hecho prisionero. Creyendo que era el Marqués el preso, cambió de direccion y fué á llevar la noticia al campamento.

Cuando llegó al Hoyo de los paganos, todos estaban dormidos. Bruscamente despertados por sus voces, los chuanes saltaron de la cama y estuvieron sobre las armas en un abrir y cerrar de ojos. Huber les contó en pocas palabras lo que habia sucedido: la doble prision del Marqués y de la señorita Ana, á quien creia aun entre las manos de los azules; despues tomó sus disposiciones para salir, dejando en la cueva solo una pequeña guardia. En aquel momento llegó Balagui, llevando á Ana en sus

brazos. Acababa de recuperar sus sentidos cuando la sentaron en una silla y oyó la orden de partir.

—Si, marchemos, dijo con voz débil.

Los chuanes se detuvieron.

—Señorita, dijo Huber, no estais en disposicion de seguirnos.

El buen sacerdote que al ruido habia salido de su tienda unió sus ruegos á los de los paisanos, todo fué en vano. Ya hemos visto antes que la sumision no era la virtud dominante de la señorita de Vimar.

—No ha sido mas que un vahido, dijo, ahora estoy bien.

Se levantó y el esfuerzo que hizo para levantarse, unido al efecto de la contradiccion, hizo aparecer algunos colores en su rostro.

—Hasta la vista, señor cura, dijo. Y vosotros, amigos míos, adelante!

Balagui ocupó en silencio su puesto cerca de Ana: Huber se puso al frente de la tropa y se dirigieron á la carrera hácia las posiciones de los azules.

VI.

Apenas vueltos á Gacilly, Collot tomó todas las medidas necesarias para que los presos fuesen llevados con una buena escolta, á la sala donde se reunia el consejo de guerra. Aquel tribunal augusto estaba compuesto por un antiguo cabo, cuyo nombre dejó perder la historia; por el sargento Buzine, y por Collot, que era su presidente antes que la llegada de Espartaco; aquel tribunal tenia sus sesiones en la

la casa que ya conocen nuestros lectores, por haber asistido en ella con Eduardo al nocturno tocado del valiente capitán. Los chuanes subieron la escalera acompañado de unos treinta hombres; Collot, que creía no volver á ser molestado durante la noche, colocó un centinela á la puerta de la calle y mandó al resto de los soldados que se retirasen al cuartel.

—Vamos á condenar, se dijo.

Pero en la sala le esperaba un espectáculo con el que no había contado; sus propios soldados con la cabeza baja estaban amontonados en un rincón, interin los chuanes presos, los unos sentados cómodamente, los otros en pié y armados de cuchillos, parecían gozarse en la triste figura de sus enemigos vencedores.

—¿Qué es eso? exclamó el teniente sorprendido. Buzine, formad á esos hombres y hacedlos estar con el respecto que conviene.

Ordinariamente cuando Collot daba una orden, esta se ejecutaba al momento: habituado á aquella pronta obediencia, continuó sin insistir mas:

—Vamos á constituírnos en tribunal á fin de acabar cuanto antes... ¡Que vayan á avisar al
El capitán Espartaco.

capitan!... Si lo dejamos para mas adelante es fácil que lo echemos á perder: es necesario desbacerse de los presos la vispera de una batalla, y yo apostaria á que mañana nos atacarán... ¡Que vayan avisar al capitan, os digo! ¿Qué es eso?... ¿Estais sordos?... ¿Por qué no habeis desarmado á esos miserables?

En aquel tiempo solo una cosa habia en pié en medio de las ruinas de todas las instituciones; la subordinacion militar. Era necesario un motivo muy poderoso para retener á todos aquellos hombres despues de la orden expresa de su jefe. Aquel motivo debia existir; por lo menos el sargento bajó la cabeza sin contestar.

¡Oh, oh! ¿Que hay de nuevo? gritó el teniente cuyo voz temblaba agitada por la cólera.

Nadie chistó, el teniente sacó su espada blasfemando; y dió un paso hácia los suyos. Entonces Buzine salió de las filas y le habló algunas palabras al oido.

—¡Preso, dijo dejando caer sus brazos, el capitan preso! Ha ido, pues á burcarlos por sí mismo. ¿Dónde está?... ¡No es posible!

Una voz chillona y lastimera salió del gru-

po de chuanes, voz que ninguno de los concurrentes al meeting del Mercado de los Inocentes hubiera reconocidos por la del triunfante sombrero.

— Buenas noches, ciudadano Collot, dijo... Salud y fraternidad! Soy prisionero de los rebeldes... de los ciudadanos... en fin, de estos señores. Solo he cedido á la fuerza; la república no tiene por qué avergonzarse de mí.

En la prision de Espartaco habia algo de que el teniente no se sabia dar cuenta; pero no era hombre que se preocupara mucho de las causas; se contentaba con examinar el resultado para obrar en consecuencia.

— Ciudadano capitan, dijo Collot, ese es un contratiempo doloroso... muy doloroso. Estos son percances de nuestro... oficio... y..

Aquí Collot apeló á las notas mas persuasivas de su órgano é hizo un gesto de uncion.

Despues continuó:

— Cuán bello es saberse sacrificar por su patria cuando llega el caso!

— Oh! si, es muy bello, exclamó Espartaco con ternura... Pero decidme, dijo cambiando repentinamente de tono, no podriais arreglaros

amigablemente? Os estaria sumamente agradecido, ciudadano.

—Amigablemente? dijo Collot frunciendo las cejas.

—Un cangeo, con finó Espartaco.

—Oh! no, capitán... Estoy casi seguro de que el jefe de la banda está entre los presos.

Espartaco sintió temblar todos sus miembros solo al recuerdo de su conversacion con Ana, y arrojó una tímida mirada sobre los chuanes.

—El marqués! murmuró.

Despues continuó con grave y solemne tono:

—No, imposible!... Teniente, el preso de ayer me dió las noticias mas apreciables acerca de su persona. Pero no es bueno hablar mucho de él, porque dispone del aire que nos rodea. Es ser poderoso y temible... Chis!... ese aire que pasa tal vez sea él! Dejemosle, si quereis. Vamos, teniente, haced eso por mí... un cambio... y negocio concluido, no es eso?

Pero el teniente estaba mas preocupado de lo que queria aparentar, y no concedia la menor atencion á aquellas maravillas referidas con la mayor sencillez por Espartaco. Este, á apesar de su imbecilidad, era su superior, y

tenia derecho á mandar. Por otra parte, desaprovechar aquella ocasion de deshacerse del jefe de los rebeldes, de aquel famoso Marqués cuya astucia y audacia constituian su principal fuerza, era dejar perder la única ocasion de sujetar el distrito. Collot fatigaba en vano su cérebro para buscar un argumento capaz de convencer á Espartaco. Por fin, volvió á la carga.

— Capitan, dijo saludándole respetuosamente, vuestro civismo es conocido lo mismo en el Morbihan que en Paris. Tendré que recordaros que la república tiene derecho á la sangre de todos sus hijos!

— Nada de eso... yo lo he confesado en mis discursos... Ah! teniente, vos no veis que estoy vestido á la ligera y que me estoy costipando... Sin embargo, no es tan difícil! poned en libertad á esa buena gente, y nos iremos todos á la cama.

Collot comprendió que su capitan no queria ó no podia comprenderle. Resuelto á no abandonar la presa que la casualidad habia puesto en sus manos, tomó bruscamente su partido.

— Soldados! dijo adelantándose; el ciudadano
El capitan Espartaco.

Tricotel está preso; yo solo soy jefe de este destacamento; como tal, os mando que desarméis al momento á los rebeldes!

—Ah! tenientel... ah! Collot!... decia Espartaco perdido; os olvidais que estoy á merced de estos señores.

—Adelante, marchen! exclamó el inexorable Collot.

—El primero que dè un paso es el asesino de su capitan, dijo al mismo tiempo la voz grave y sonora del marquès.

A una señal suya diez cuchillos á la vez amenazaron el pecho de Espartaco, que se puso á llorar pidiendo compasion.

—Vergüenza sobre vos que deshonrais nuestra escarapela y vuestras charrateras! gritó Collot exasperado por la cobardia de su jefe y la vacilacion de sus soldados. Y vosotros, continuò dirigiéndose á estos últimos, por segunda vez: adelante!...

Collot no pudo acabar; se quedó con la boca abierta mirando delante de él, con rabia y admiración.

Antes que pudiera reponerse, la ventana cayó hecha pedazos y estrepitosamente dentro

de la sala; Juan Huber, con unos treinta hombres, penetró en la sala y se interpuso precipitadamente entre los presos y los azules. El marqués se puso al frente de aquel refuerzo inesperado.

—Traicion! gritó Collot, que por fin habia recuperado su palabra. Muchachos! haced lo que yo!

Con la espada desnuda en una mano y una pistola en la otra, el bravo teniente iba á arrojar-se sobre su enemigo, cuando la vigorosa mano de Balaguí, que entraba por la puerta principal con el resto de la partida, le cogió y le derribó.

—Fuego! fuego! gritaba el teniente á pesar de estar derribado; no os cuideis de mi, fuego!

Pero los republicanos, acosados por una fuerza superior, habian entregado ya sus armas.

La señorita de Vimar, que habia entrado despues que Balaguí, se echó en los brazos de su hermano.

—Eduardo! Enrique! decia llena de alegría, á vuestra vez estais salvados.

Aquel papel de libertadora, Ana era del número de los 125 ó 130 que habían salvado al Marqués, la tenía de muy buen humor.

Huber, que conservaba un antiguo rencor contra Collot, puso una rodilla sobre él y se disponía á hacer uso de su cuchillo. Por fortuna el Marqués lo divisó á tiempo para evitar aquel asesinato.

—Ciudadano rebelde, dijo Espartaco gravemente, la república sabrá que me habeis salvado la vida; os doy palabra de informarla.

El Marqués dejó la guardia suficiente para custodiar los presos, y siguiendo la indicación de Huber, que no en vano había reconocido las cercanías del cuartel, se dirigió á este edificio. Sin jefes y apenas guardados por fatigados centinelas, los azules fueron sorprendidos y desarmados.

Los republicanos, sobresaltados, y viendo al enemigo dueño de la parte baja del cuartel, se fortificaron como pudieron en las salas que les servían de dormitorio.

Su fuego, mal seguido, causaba sin embargo bastante daño á los realistas; los azules al contrario protegidos por los muros del cuartel, no

perdian ni un hombre. Por un momento pudieron abrigar la esperanza de destruir á sus enemigos; pero el marqués dió una orden; veinte hombres se fueron corriendo y volvieron al poco tiempo cargados de faginas y antorchas encendidas.

—Rendíos! gritó el marqués.

Los azules contestaron con una descarga, que gracias á la claridad de las antorchas, fuè mas mortífera que las anteriores. Irritados los chuanes por la muerte de sus hermanos se adelantaban ya blandiendo los chuanes; el marqués los detuvo.

—Cùmplase su suerte! murmuró tristemente el marqués.

Hizo una señal; en seguida amontonaron las faginas á lo largo de las paredes, aplicaron las antorchas, y el fuego se prendió rápidamente.

—Rendíos, en nombre del cielo! gritaba continuamente el marqués; no se os hará daño.

Empezaron á caer vigas inflamadas; el viento atizaba el incendio; espesas espirales de humo salian ya de todas las ventanas á la

El capitán Espartaco.

vez, rodeando el cuartel con un velo siniestro, impenetrable.

El marqués no pudo ya sorportar la vista de aquella prolongada agonía.

—Son enemigos; dijo, pero son valientes! Escalas para que puedan bajar.

La órden fué ejecutada despacio, pero sin murmurar.

Cuando la voz del marqués penetró en el cuartel ofreciendo misericordia, solo uno cincuenta hombres, en el estado mas lamentable, pudieron aprovecharse de ella.

En aquella desgraciada guerra solo habia dos medios de tratar á los prisioneros. Fusilarlos al momento ó ponerlos en libertad. El marqués empleó este último con los restos de la desgraciada guarnicion de Gacilly. Capitan, teniente y soldados fueron escoltados hasta las cercanias de Redon.

Aquella fué la última expedicion guerrera de la hermosa señorita de Vimar.

¿Y no diremos nada del posterior destino de Espartaco?

Acusado de traicion ante el tribunal revolucionario de Vannes por su teniente, salió

absuelto. Un fragmento de su discurso adoptado á las circunstancias fascinó completamente á los inteligentes magistrados. Entonces y penetrado de los inconvenientes que lleva consigo el papel de héroe, tomó el camino de París, único teatro donde podian desplegarse con ventaja sus preciosas cualidades. Su carrera fué gloriosa. Bajo el directorio y el consulado proveyó de sombreros á las cabezas mas importantes de la república. Cuando el imperio, S. M. el emperador y rey le dió el diploma de sombrerero de la corona.

FIN.